

*El tiempo, el tiempo que siempre va pasando,
que puede ser olvido del olvido, memoria que se esfuma en la ceniza, ceniza
que se queda dormitando y que pudiera deshacer,
deshace, acaso, el más ligero vientecillo. Esa es la vida; suele ser la vida.
Debemos conocerla y afrontarla. Existo sin embargo, acciono
y hasta escribo, y de amores me lleno.*

Alfredo Guevara

I

Cuando era aún muy joven —en mi época de lecturas románticas—, leí la novela *El ángel sin cabeza*, de la austriaca Vicky Baum, que despertó en mí inquietudes por conocer más sobre la historia latinoamericana. A tal punto llegó mi avidez que busqué entre mis amigos quién podía prestarme libros que hablaran de la Revolución Mexicana. Quizás pueda parecer una nimiedad esa remembranza; lo cierto es que al cabo de los años se avivan estos recuerdos juveniles y creo que, en cierta forma, mi vida se acerca un poco a la de la protagonista de aquella historia. Por eso que si me pidieran expresar con una palabra lo que me embarga al tratar de acercarme con una mirada personal y un tanto íntima a mi existencia, tendría que confesar que podría ser temor o «terror».

Nunca me he creído con dotes de escritora, quizás porque en esas cuestiones mis parámetros son muy altos, y siento estar muy por debajo de esas pautas. No obstante, me he dispuesto a ordenar lo que pudiera llegar a ser una breve historia de vida, un tanto diferente, porque más que contar pormenores de la mía propia, sirve de pretexto o excusa para narrar memorias, las mías junto al Che.

En ese repaso condensado de tiempo y espacio no pretendo resaltar unos momentos por encima de otros, correría el riesgo de equivocarme o dejarme llevar por circunstancias más personales, importantes para mí, con las que pudiera errar en un camino alejado de mis propósitos.

Compartir vivencias personales al lado de un hombre que antes de ser mi compañero ya poseía cualidades excepcionales —lo que

considero comúnmente aceptado más allá de cualquier juicio o apreciación—, conlleva un compromiso que, admito, me resulta difícil encarar. En esas apreciaciones se mezclan mis vivencias a través de un prisma que se abre a una visión compartida entre dos por voluntad propia y, subrayo esto último, porque sé que a veces se me reprocha el que haya dejado un tanto mi individualidad para ser más *nosotros*. De eso no me he arrepentido nunca.

La historia comienza con «mi encuentro» con el comandante Ernesto Che Guevara en el Escambray. Sucesos de extrema gravedad me llevaron a ese macizo montañoso. No me era desconocido. Un incentivo especial tenía: era mi primer contacto con los insurgentes que habían recorrido parte del territorio nacional, desde la antigua provincia de Oriente; comandados, además, por el Che, el argentino que con merecida fama era jefe de la Columna 8.

Me había sido encomendada una misión por la dirección del Movimiento 26 de Julio de la antigua provincia de Las Villas. Ase-diada y vigilada por las fuerzas represivas de la dictadura de Fulgencio Batista,¹ obligada por los acontecimientos, debía permanecer en el Escambray, hasta tanto no recibiera otra orden.

Ante lo desconocido, un sinnúmero de dudas me asaltaban a mi llegada. Me dedicaba a observar el comportamiento y la conducta de los rebeldes, los que a su vez me miraban tratando de interpretar mis reacciones, y me imagino que preguntándose qué había venido a hacer. Porque no era extraño pensar, solo de verme, que no daba imagen de guerrillera. Bien mirada, podía parecer, ante aquellos ojos que me escrutaban, todo menos una combatiente.

El afamado «encuentro», motivo de fabulación por parte de escritores y periodistas, nada tuvo que ver con cuentos de hadas y príncipes encantados. Aun cuando el Escambray es un lugar de hermosos paisajes, propicio para el embrujo, los que nos encontrá-bamos allí entonces pasábamos por alto ese don tanpreciado que nos obsequiaba en todo su esplendor la naturaleza.

Tuvieron que pasar algunos años para conocer cómo había vivido el Che nuestro encuentro. Fue por medio de una carta que recibí desde el Congo en 1965, cargada de añoranzas, en la que me reveló lo que había pensado al verme en aquel momento y en días sucesivos; lo que había experimentado, al tener que debatirse entre el revolucionario disciplinado y el hombre con sus sensaciones y necesidades, cuando vio a «una maestría rubia y regordeta», particularmente la tarde en que palpó «la marca de un esparadrapo y, hubo una lucha (un poco) entre el revolucionario intachable y el otro (el verdadero, que perdió tal vez por timidez aunque doraba la píldora con la imagen del intachable)».

Pero antes de que ambos pudiéramos identificarnos y expresar nuestros sentimientos, tendrían que sobrevenir sucesos estremeceadores y alguna que otra incompreensión...

II

A partir de aquel encuentro, sin apenas darme cuenta, mi vida dio un giro sin retroceso. Me vi envuelta en acontecimientos cruciales, que ya forman parte de nuestra historia más reciente. Como relámpagos, se reflejan una y otra vez en mi memoria. La dinámica en que se producían no daba tiempo a largas meditaciones.

En ocasiones afloraban mis años de infancia en el campo, mi adolescencia, mis frustraciones de juventud —motivadas por las injusticias que se vivían en la Cuba que pretendíamos cambiar—, todo eso se agolpaba en mi mente y me hacía estar cada vez más cerca de aquel pasado...

Al evocar las circunstancias que entonces me rodeaban, las que vivía sin experiencia previa alguna, con la sensación de estar ante momentos irrepitibles, de los que quizás nunca podría llegar